*Nota del James de 2022: decidí reeditar este artículo y me pareció que, como despedida, me gustaría compartirte un poco de mi gusto por la Historia, que es algo sobre lo que no he podido compartir mucho en clase. Lo escribí a manera de que la totalidad de las citas pudiesen encontrarse en tres libros: “De banquetes y batallas” de Javier Murcia; “Hijos de Homero” de Bernardo Souvirón; y “La gran aventura de los griegos” de Manuel Negrete. Espero te guste y te invite a leer algo sobre Historia.*

Las Esperanzas, la Trascendencia y el Olvido

Publicado en Revista Babab en 1 de diciembre, 2011

Cuentan que antes de salir a la conquista del Imperio Persa, Alejandro Magno dejó todos los asuntos de Grecia a uno de sus generales, luego, dicen que se despidió de su madre, para después cruzar el mar con apenas provisiones para treinta días y cargando por todo tesoro sesenta talentos de oro (poco, apenas suficiente para unos meses de paga del ejército). Pero justo antes de partir –por las razones que uno quiera– repartió los bienes de su casa entre todos sus compañeros. Uno de ellos, entonces, le preguntó: “¿Qué te dejas para ti, Alejandro?”, “Las Esperanzas”, contestó el Rey.

Alejandro no tenía un particular interés por las riquezas, ni por conquistar una u otra nación, su interés, su obsesión, el motor que lo llevó hasta el fin del mundo, fueron la fama y la gloria. En un punto de su campaña en Asia justo antes de comenzar la batalla, montado en su caballo, el fiel Bucéfalo, dijo esto a sus soldados:

“Son hermosas las acciones de los que se esfuerzan y afrontan los peligros.   
Es grato vivir con valor y morir dejando la fama inmortal”

Más allá de los escasos años en que Aristóteles fue preceptor del joven Alejandro, el más importante modelo para el Ares Macedónico fue Aquiles, quien en La Iliada se narra cómo rechazó vivir una vida larga y tranquila a cambio de una fugaz, pero llena de la gloria que le haría inmortal. Esta forma de pensamiento, que se convertiría en el máximo ideal griego, fue transmitida principalmente por el poeta Homero en sus obras “La Iliada” y “La Odisea”, en las que describía las grandes hazañas de héroes como Odiseo, Ajax, Aquiles o Diomedes. Mediante la divulgación de los textos clásicos, entre los griegos se forjó un ideal de comportamiento basado en aquellos héroes que se convirtieron en modelos de conducta para todo aquel que se considerase griego. Como una consecuencia, el ideal se convirtió en factor de unión y a la vez en sello distintivo sobre lo “griego” que habría de impregnar toda su historia, determinando su forma de vivir y de pensar. Los griegos, en verdad, aspiraban a ser tan grandes como esos héroes “homéricos” y así trascender a través de sus hazañas. Como ejemplo veamos lo que Platón nos dice:

“Es necesario que nos interesemos por el futuro. Son las personas más viles las que,   
por su misma naturaleza, no se preocupan en nada, mientras que las más nobles,   
por el contrario, hacen cualquier cosa con tal de dejar un recuerdo para la posteridad”

Aquí otro ejemplo en palabras del maestro orador (o retórico) Isócrates:

“Todos tenemos un cuerpo mortal, pero, por los elogios, las alabanzas,   
la fama y el recuerdo que permanece en el tiempo, participamos de la inmortalidad”

O este curioso ejemplo (por la forma en que hace referencia al propio Homero) de uno de los más grandes estadistas de todos los tiempos, Pericles, dirigiéndose en un discurso a sus compatriotas atenienses:

“Seremos el asombro de nuestros contemporáneos y de las generaciones futuras   
y no tendremos ninguna necesidad de un ensalzador como Homero para que nos cante en sus versos”

Si uno hiciera una lista de todos los griegos que alcanzaron ese ideal de trascendencia o inmortalidad a través del recuerdo, esa lista sería sin lugar a duda, inmensa. Pero no sólo inmensa en cantidad de personalidades sino también en áreas de estudio que van desde la literatura hasta las matemáticas, pasando por el teatro, poesía, astronomía, geometría, arquitectura, medicina, economía, historia y, por supuesto, la filosofía. Definitivamente hacer un recuento de ese tipo sería una tarea bastante larga y hasta un punto, irrelevante. Una pregunta que en este caso sería más interesante de plantear podría ser: ¿Por qué esa lista es tan grande?

Para aproximarnos a la respuesta demos un pequeño paseo por la península griega de la antigüedad que, al contrario del presente, parecería todo menos un paradisíaco destino turístico. Por principio, la península griega es un lugar particularmente pobre en recursos naturales. El ochenta por ciento de su territorio es montañoso por lo que sobra decir lo escaso que era el territorio aprovechable para el cultivo o el pastoreo. Tan es así que la dieta griega era casi exclusivamente vegetariana y, llegado el siglo V aC, con el aumento de la población en Atenas hasta se llegó a legislar una restricción en las cantidades de animales que se consumían en algunos eventos como las bodas. El terreno era con frecuencia tan abrupto, que era notable la ausencia de caminos entre las distintas ciudades, por ello el medio de transporte por excelencia siempre fue el barco. El calor es abrasador en el verano y a menudo ocasionaba sequías; tan a menudo ocurrían que, entre los siglos VIII al VI aC (principalmente), las ciudades con frecuencia se veían obligadas a expulsar ciudadanos por sorteo para que montasen una colonia en una tierra distante e, inclusive, si por alguna mala fortuna estos expulsados regresaban a su ciudad de origen, por lo regular se les impedía la entrada y en algunos casos hasta se les llegó a castigar con la muerte. Las tierras, además, no eran las más fértiles y el agua escaseaba, por lo que algunos cultivos como el trigo eran un auténtico lujo ya que requiere más agua que otros cereales. Encima, la península griega era una zona bastante aislada del resto del mundo; por el norte tenían escarpadas montañas; la distancia que separaba a Grecia de Asia era notable para la época, además el paso a través del Bósforo era a menudo peligroso. Por último, tan dura era la vida en la península griega, que el costo de mantener un caballo era tal que más que escasear, en muchos casos eran inexistentes. Como detalle podemos apreciar que, hasta antes de la irrupción de Alejandro y su padre Filipo, en la estrategia militar griega en poco o nada se consideraba a la caballería, de ahí que el grueso de los combates lo llevaba a cabo el soldado de a pie al que se le llamaba “Hoplita”.

Sucedió en la primera gran victoria de los griegos contra el invasor persa, en la Primera Guerra Médica en la célebre batalla de Maratón, que los griegos que combatieron no poseían ni un sólo elemento de caballería. Por ello su estrategia se basó en esperar apostados en los bosques hasta que la caballería persa – despreocupada y confiada en lo que creían un despliegue de miedo por parte de los griegos – salió toda junta a pastar, momento que la infantería griega aprovechó para salir a la carrera en formación cerrada, y, a pesar de ser notablemente inferiores en número, arrasaron a los persas y les obligaron a la retirada. Sucedió al final de la batalla, que dada la ausencia de caballos y lo difícil de los trayectos, para avisar de la victoria a los que permanecían en Atenas, se envió a una persona que corrió desde la playa de Maratón hasta Atenas. Aquel desgraciado, corrió con tanto empeño que apenas alcanzó a llegar y sólo dijo “Alegraos”, para después morir. Por cierto, la distancia entre Maratón y Atenas es de 42 kilómetros, y por ello, en nuestros días, en las olimpiadas cada cuatro años el último evento es el que en honor a aquel corredor y a aquella victoria llamamos: “Maratón”. De suerte que en el presente sólo deben correr con ropa deportiva, porque aquel ateniense corrió los 42 kilómetros portando todas sus armas, coraza y escudo hoplita.

Pero continuemos por el curioso tema del Hoplita, que fue y sigue siendo una auténtica rareza. El nombre proviene de la palabra *hopla*, que designa al conjunto de su indumentaria de guerra o “panoplia” (hasta hace unos años se creía erróneamente que *hopla* hacía referencia sólo al escudo). Este Hoplita era un soldado de infantería que portaba escudo, coraza, casco, grebas, lanza y espada, todo en bronce. Combatían en una formación cerrada y la estrategia consistía en realizar un ataque en coordinación con todas las filas donde el principal objetivo era romper la línea enemiga por medio de la presión conjunta; algo similar a lo que ocurre en el actual Rugby cuando chocan las líneas en un *scrum*. Bien, hasta aquí va todo perfecto, con todo muy claro salvo por un pequeño gran detalle… ¿Cómo costeas todo un ejército de bronce en un territorio tan pobre y aislado como la península griega?

La respuesta parece simple pero las implicaciones por las que se llegó a la misma son cruciales. Lo que aconteció, en mayor o menor medida, en todo el mundo griego fue: El Reparto de Tierras. (A partir de aquí por razones de practicidad deberemos centrarnos en la historia ateniense, la más documentada del mundo griego).

Llegado ya el final del siglo VI aC en Atenas para fines prácticos no eras ciudadano si no tenías panoplia de hoplita ni viceversa, y no podías costear la panoplia si no contabas con un mínimo de tierras. La principal consecuencia económica de una expansión de la población capaz de costear la panoplia hoplítica es que, al estar en una economía agraria, con escaso comercio exterior y por supuesto sin actividad industrial, la repartición de la tierra equivalía a repartir los Medios de Producción, por lo que la generación de riqueza pasó a un mayor grupo de personas. La cuestión del reparto se esparció por toda Grecia y las colonias, aunque si bien no se sabe si fue de adentro hacia afuera o al revés (o lo más probable, una mezcla), el hecho es que por todo el mundo griego los ejércitos de campesinos/ciudadanos se volvieron la norma. El por qué ocurrió este fenómeno de manera tan contundente y veloz, responde a una cuestión de practicidad y lógica. El ejército que se presentase a un conflicto con una proporción baja de hoplitas entre sus filas, es decir, con sólo un puñado de aristócratas armados hasta los dientes y un gran número de desposeídos armados con piedras y palos, llevaría una desventaja insalvable contra un ejército que contase con una alta concentración de hoplitas. De una a otra ciudad, la presión y potencial hoplitización de la ciudad vecina fue, paulatinamente, forzando a todas las ciudades a armar a una mayor cantidad de ciudadanos, reduciendo paulatinamente el poder de la minoría aristocrática terrateniente y, a la par, aumentando la exigencia de derechos políticos entre estos nuevos ciudadnos, quienes se volvieron tan protagonistas como los aristócratas en la defensa de la ciudad.

El periodo de tiempo entre los siglos VIII y VI aC en Grecia fueron siglos particularmente turbulentos y plagados de una constante tensión social, pero también fueron siglos en los que el campesino-ciudadano-hoplita se estableció como modelo. Las ciudades crecían y al no haber tierras disponibles, se expulsaba a los ciudadanos desposeídos (normalmente los hijos menores en alguna familia o por sorteo) para fundar colonias en otras regiones. Las fundaciones, al no haber precedentes entre los que ahí se establecían, favorecían el hecho de que se viesen todos como iguales y de hecho así tendían a repartirse las tierras, por lotes del mismo tamaño asignados a cada colono. La colonización favoreció el desarrollo del comercio entre las ciudades, por los vínculos entre las “ciudades madre” con sus “hijas”, pero al poco tiempo el comercio se desarrolló entre todas las ciudades. Esta actividad comercial, contrario a lo que podría pensarse, sólo contribuyó a agudizar la crisis de escasez de tierras en las ciudades madre, pues los aristócratas podían vender sus excedentes en el exterior a mejor precio y así comprar otros bienes más baratos en el extranjero, fuesen de primera necesidad o lujos. Esta situación acabaría progresivamente por llevar a la ruina a los campesinos locales que no podían competir con esos precios, y – quizá lo más crucial de todo este asunto – eventualmente las regiones colonizables se acabaron o se hicieron demasiado inaccesibles, por lo que el método mediante el que la aristocracia controlaba el descontento social interno llegó a su fin.

Por su parte en las colonias gracias al reparto equitativo inicial de las tierras, se favoreció la expansión del número de ciudadanos que podían costearse el equipamiento militar del hoplita. Así, terminaría ocurriendo ese “efecto bola de nieve” que ocasionaría los repartos de tierras que permitirían costear a un mayor número de hoplitas que eventualmente, exigirían mayores derechos políticos, primero, y en su mayoría, bajo el auspicio de un líder local que tomaría el poder imponiéndose con el apoyo popular como “Tirano” y perjudicaría a la aristocracia en favor de los nuevos campesinos armados y de los desposeídos que buscarían obtener tierras. Sin embargo, los tiranos tendían a tener una vida corta y a su muerte la situación regresaba a esa tensión social inicial entre aristócratas, desposeídos y campesinos armados sin derechos políticos, por lo que, por muchas partes del mundo griego surgieron legisladores elegidos por el propio pueblo (y en muchos casos, por el pueblo y los aristócratas en conjunto, como ocurrió en Atenas), que tenían por objetivo establecer leyes que evitaran esa tensión social que ya tenía desgastadas y hartas a las ciudades.

En el año 594 en Atenas entra a escena otro de los griegos ilustres: Solón. Si bien este hombre fue quien dio forma a la base de la economía ateniense, se le recuerda más por ser el primer hombre en la Historia que realizó una especie de abolición de la esclavitud, pues la prohibió entre atenienses (por causas de endeudamiento), además liberó a todos los atenienses que habían caído en la esclavitud y ordenó traer de vuelta a los que habían sido vendidos como esclavos en otros países. Después de todo eso – y por fortuna – se dio tiempo para escribir poesía y es gracias a ello (y a la cuota del historiador Heródoto), que sabemos más acerca de Solón y los porque’s y como’s de su Reforma. Él se dio cuenta que, para mantener al mayor número de ciudadanos armados apropiadamente, había que maximizar la relación entre propiedades y familias. De la legislación que surgió y que eventualmente se afianzó en un sistema social, surgió el nombre de lo que actualmente llamamos “economía” pues la palabra se deriva del nombre que daban los griegos a la unidad de propiedad que poseía cada ciudadano, es decir, el “*oikos*”. Un ciudadano contaba con su terreno en el que habitaban él y su familia, y a partir de ese terreno debía de producirse todo alimento, medios para su manutención y costear su armamento de hoplita. El conjunto de la casa, el terreno y la familia, constituía el *oikos*. Ya desde el siglo V aC el propio estadista Pericles ya concebía a la ciudad griega como la suma de todos sus *oikos*. Tal fue la importancia y notoriedad que cobró esta entidad que hacia el siglo IV aC el militar, aventurero y filósofo Jenofonte, escribió el primer tratado de economía de la historia, al que tituló: *Oikonomikos* (aunque a Jenofonte se le recuerda más por su célebre obra “La Retirada de los Diez Mil” o “Anábasis”, en la que narró como un ejército griego – con él como líder – escapó de lo profundo del Imperio Persa; para los aficionados al cine, fue a partir de esa obra de Jenofonte que primero en 1965 Sol Yurick se basó para escribir una novela que luego usaría el director Walter Hill para filmar en 1979 la película de culto “The Warriors”).

Pero volvamos a los *oikos*. Estos se establecieron como zonas de producción independientes unas de otras, aisladas en la mayor medida posible y sin desperdiciar espacio. De esta forma, el fundamento de la libertad para los griegos radicaba no en la libertad de acción, sino en la independencia respecto a los demás, la autosuficiencia económica y alimentaria. En la medida en que se era independiente del resto y que podía proveerse de los medios necesarios para sobrevivir, el griego era más libre y así, era más ciudadano.

Las propiedades bajo la legislación de Solón alcanzaron un carácter sagrado, inviolable y fuertemente regulado. De puertas para adentro el ateniense propietario (o *kyrios*) tenía casi un poder absoluto sobre los que vivían bajo su techo, en este sentido el Estado funcionaba como un observador que entraba en acción sólo y exclusivamente cuando el propietario atentaba contra sus hijos menores de edad, los ancianos que de él dependían, o, por supuesto, cuando el propietario moría y había que repartir su herencia. Los atenienses eran conscientes de la importancia de los niños para la renovación del Estado, y a su vez, del respeto que se les debía a los ancianos, pues veían ese respeto (con su obligatoria manutención y exención de servicio militar) como una garantía para cuando, eventualmente, ellos mismos llegasen a tal edad. A la muerte del propietario el terreno y demás propiedades se repartían equitativamente entre los hijos varones, que normalmente no eran muchos más de uno. Solón también incluyó una cláusula de adopción (en caso de que no hubiese un heredero disponible) para evitar que la propiedad cayera en manos de alguien externo por compra/venta. En caso de recurrir a la adopción, el adoptado tomaba el rol del líder de esa familia y legalmente para todo efecto dejaba de formar parte de su familia original. Por supuesto, hay que decir que en todo caso de herencia sólo los hijos legítimos podían acceder a los beneficios de un testamento. Un caso bastante ingenioso al respecto nos lo presentó el autor de comedias Aristófanes, que en una de sus obras se le ocurrió presentar a un viejo Zeus que hereda el Olimpo a su querido e hijo favorito Heracles (o Hércules, según el nombre romano más conocido), pero en la obra al poco rato le retiran sus propiedades pues en realidad… ¡era un hijo bastardo!

De hecho, tan consciente estaba Solón de la importancia del carácter inviolable de las propiedades y del mantenimiento del sistema, que promulgó una ley que decía que, si ocurría un Golpe de Estado, todos los ciudadanos estaban obligados a tomar las armas para la defensa de este, y en caso de no participar, el ateniense perdía su ciudadanía. Además, instauró otra ley por la que obligaba a todos los padres a enseñar un oficio a sus hijos, esto con el objetivo de evitar por todos los medios posibles que un ciudadano cayera en la pobreza.

La pobreza en la antigua Grecia significaba ser dependiente de otros y era considerado una gran deshonra. De hecho, cualquier tipo de servidumbre o trabajo manual remunerado era a su vez una deshonra para la persona pues suponía estar al servicio de otro. Los salarios por su parte eran en su mayoría el mismo para todos los oficios, los propios arquitectos del Partenón recibían un salario apenas superior al de los albañiles y eso era considerado como normal, pues el trabajo se consideraba igualmente degradante. La norma era que se trabajaba sólo hasta el punto en que se pudiera vivir sin trabajar, y a partir de este punto, la persona se consideraba rica pues era independiente. Esto fue algo que le sucedió al propio Solón, que en un punto de su vida tuvo que trabajar para recuperar su estatus. La riqueza no era considerada más que un estatus que permitía el acceso a la política y al ocio ilustrado. Las anécdotas en este sentido son abundantes. Una vez – y esto ocurrió dentro de las aulas de la Biblioteca de Alejandría – un joven le cuestionó a su maestro, quien era nada más y nada menos que Euclides, de qué le servía aprender el primer teorema de la Geometría. Como respuesta, su célebre profesor sacó tres monedas de entre sus ropas y se las dio diciéndole: “Toma, porque te es preciso sacar provecho de lo que aprendes”, mostrando su desaprobación por la actitud del alumno hacia el conocimiento (Todavía hasta nuestros días, las clases de geometría que se imparten en los institutos de todo el mundo son las mismas que dictaba aquel profesor pues dejó todo por escrito en su gran obra *Elementos*). En otra ocasión el propio Sócrates se jactó de que jamás había recibido dinero de nadie por educarle, porque eso habría significado que estaría obligado a tratar con aquella persona (sin embargo, es más que posible que su esposa Jantipa opinara diferente, pues como el filósofo se pasaba educando a medio mundo sin cobrar, rara vez aportaba algo en la casa, hasta que un día ella estalló de furia y fue y le tiró un balde de agua en frente de media Atenas, a lo que Sócrates respondió con ingenio: “Cuando Jantipa truena, también llueve”).

Por extraño que pueda parecernos, ni siquiera algunas actividades artísticas se salvaban de ser deshonrosas. La música, la pintura, la escultura y hasta la arquitectura, eran despreciadas por los griegos. La explicación era, nuevamente, que obligaban a recibir un salario al autor. Plutarco nos relata que nadie en su sano juicio desearía ser Fidias, arquitecto en jefe durante la construcción del Partenón, pues: “Por el hecho de que se disfrute con la obra, no por ello el artista es digno de estima”. De hecho, uno de los pasajes menos conocidos – y vergonzosos – de nuestro amigo Alejandro Magno, ocurrió cuando una vez en presencia de su padre Filipo y la corte, tocó una hermosa melodía con la flauta, por lo que su padre, enfurecido se puso en pie y lo reprendió con severidad diciéndole: “¿Que no te da vergüenza tocar tan bien?”

La única actividad artística que era profundamente respetada era la literatura (básicamente poesía y teatro). No es casualidad que el poeta griego por excelencia, Homero, se encuentre entre los más célebres. También la oratoria era de gran aprecio entre los griegos, como lo demuestra el más notable de todos los oradores de la antigüedad, Demóstenes, en lo que muy probablemente sea el mejor discurso de toda la historia: *Sobre la Corona* (aunque el propio Demóstenes sea a menudo más recordado por su célebre frase “corre hoy para pelear mañana”, después de soltar su escudo y echarse en retirada en una batalla).

La explicación para todas estas posturas nos la da el mismísimo Platón en su obra *La República*:

“En la ciudad bien gobernada y que ha conseguido personas completamente justas, es preciso que los ciudadanos no tengan una vida de artesano ni de comerciante, pues tal vida es innoble y contraria a la virtud; ni tampoco de campesinos, pues se necesita del ocio para el florecimiento de la virtud y para las empresas públicas.”

Además, como se aprecia, resultaba curiosa la consideración sobre el oficio de campesino, pues causaba agrado (por la independencia para mantenerse) y desagrado (por mantener a las personas ocupadas). En la opinión de Aristóteles refiriéndose a esta ocupación:

“Sobre todo, porque es justa; pues no se da a expensas de otros. Por naturaleza   
todos tienen su alimento de nuestra madre, pues los campesinos lo extraen de la tierra.   
Además de eso, contribuye grandemente al vigor físico, al conseguir que los cuerpos   
sean capaces de resistir la intemperie y soportar penalidades, no como los oficios artesanales,   
que hacen los cuerpos inútiles.”

Una anécdota que representaría en forma íntegra el pensamiento griego sobre el trabajo, el ocio y la obsesión por la fama y la gloria, es la que relatan sobre otro notable llamado Temístocles, artífice de la victoria griega sobre los persas en la segunda Guerra Médica. Cuentan que en una ocasión en medio de un banquete le pidieron a Temístocles que cantara y bailara, a lo que dijo por respuesta que él no había aprendido a cantar ni a tocar ningún instrumento, lo que él sabía era hacer una ciudad grande y rica.

Fue precisamente este personaje quien abre la puerta a la imagen que tenemos de Atenas en el siglo V aC, pues su carrera política estuvo marcada por el proyecto de creación de la poderosa armada naval que no sólo hizo posible la victoria griega sobre el invasor persa en la segunda Guerra Médica, también dicha armada hizo posible que un gran número de ciudadanos pobres pudiesen ingresar como remeros a la armada y cobrar así un sueldo. La consecuencia de este cambio fue una mayor democratización de Atenas pues más gente participaba de los quehaceres del Estado y ante ello, exigieron mayores derechos políticos.

Tanta fue la riqueza y poder que alcanzó Atenas gracias a la participación de un creciente número de ciudadanos tanto en la guerra como en política, que el Estado ateniense durante el siglo V aC podría considerarse como el primer Estado de Bienestar de la historia (aunque debemos ser un poco adaptables con el término, y considerar las dificultades para la producción de bienes en la época). Se promulgaron leyes para mantener a veteranos de guerra que hubiesen quedado impedidos para las actividades militares. En caso de que un hombre muriese en batalla el Estado se hacía cargo de la manutención de su familia. El Estado se encargaba de subvencionar gimnasios y diversas festividades religiosas para toda la ciudad. También si un ciudadano era demasiado pobre para pagar la dote matrimonial de su hija, el Estado le proveía de la misma. Se llegó a un punto en el que fue aprobada una ley que daba una cantidad diaria de dinero a un ciudadano pobre, sólo por ser pobre. El fundamento más claro y elocuente sobre este Estado de Bienestar ateniense, lo expuso, en uno de sus más grandes discursos, el propio Pericles:

“Porque, a mi juicio, es más útil a los ciudadanos particulares el que el Estado en su conjunto prospere,   
que el que los ciudadanos prosperen como individuos pero que él como comunidad decline.   
Pues una persona a quien en lo suyo le va bien, si su patria se arruina, no en menor grado deja de perecer con ella;   
en cambio, si la persona es desafortunada en un Estado próspero, podrá salvarse mucho mejor.”

Como un tema relacionado, pero en apariencia un poco aparte, existían inclusive protecciones a los esclavos, pues si uno era maltratado por su amo y acudía a un templo en particular, podía cambiar de propietario si alguien accedía a comprarle (sí, parece radical para nosotros pero en la época era algo increíble), de hecho los esclavos que habitaban en Atenas eran conocidos por sus lujos y libertades y resulta notable que a lo largo de la antigüedad en esa ciudad nunca hubo una revuelta de esclavos. En general los esclavos en Atenas llevaban una vida relativamente relajada, tan fue así que sucedían casos como el que nos presenta Lisias en su discurso XXIII, en el que acusa a un esclavo que había escapado y se hizo pasar durante años por… ¡ciudadano ateniense!

Es imprescindible el tema de la esclavitud en la sociedad ateniense, pues para poder alcanzar ese ideal de ocio ilustrado era necesario conseguir al menos un esclavo para mantener el funcionamiento del hogar u oikos, que en realidad en muchos sentidos era gestionado por la esposa del ciudadano-propietario. Tal era la consciencia de la necesidad de estos, que el propio Jenofonte en su tratado “Sobre los Ingresos Públicos”, proponía un proyecto de financiación para comprar un esclavo para cada ciudadano y que ese esclavo fuese enviado a trabajar a las minas (contrario a los que habitaban en la ciudad, los que trabajaban en las minas vivían en condiciones de extrema miseria), así, cada ciudadano obtendría una renta periódica que le liberaría del trabajo. Aristóteles por su parte fue el primero que abordó el tema de la esclavitud desde una perspectiva filosófica, él argumentaba que era propio del hombre educado y culto gobernar sobre los que son ignorantes y sólo poseen fuerza bruta (condiciones atribuidas típicamente a los bárbaros), y que por ello les correspondía realizar los trabajos que no exigían aptitudes intelectuales y ser gobernados. De esta forma se concluía que la política, la filosofía, la literatura, la competencia atlética y la guerra, eran los quehaceres naturales del ciudadano.

Hasta qué punto las consideraciones sobre los esclavos fuesen una justificación es difícil precisarlo. Lo que es un hecho es que el conjunto de todos los elementos sobre los que hemos charlado en estas páginas permitía al griego de la antigüedad soñar y llegar a vivir ese ideal de búsqueda de la fama y la gloria. El sistema social sustentable de los oikos, que proveían a los ciudadanos de autosuficiencia e independencia, aunado a la esclavitud que les liberaba de responsabilidades, teñido todo por los valores e ideología del amor por la fama y la gloria, y la consideración que el griego tenía sobre el trabajo como algo en el mejor de los casos, transitorio, son elementos que en conjunto nos permiten aproximarnos a la realidad de aquellos habitantes de esa península tan pobre en recursos, pero al mismo tiempo, tan abundante en logros.

Quizá Alejandro Magno fue el más grande realizador de este ideal, como uno de los individuos que más han afectado la historia de la humanidad, con todo y que provenía de una nación que si bien era griega (aunque algunos autores como Demóstenes lo ponían en duda), mantenía algunas tradiciones distintas a las de los griegos peninsulares y demás colonias, pues en la natal Macedonia de Alejandro, por ejemplo, era posible la poligamia y el sistema de gobierno era una monarquía. Un sólo ciudadano ateniense como Pericles o Temístocles, por mucho de que gozase de un gran número de propiedades, apoyo popular o riquezas derivadas del comercio u otra actividad, jamás podría acercarse a los recursos de un Rey que dispusiese de todo un reino como si fuese su propio oikos. El que lo dejó más en claro que nadie, fue el propio padre de Alejandro, Filipo II, que acostumbraba a burlarse de la lentitud en la toma de decisiones por parte de los atenienses, porque él en cambio lo único que tenía que hacer era dar una orden. Si bien Filipo, al contrario de su hijo, era un hombre más bien pragmático y ausente de todo idealismo, ya que a menudo se burlaba de las tradiciones, ignoraba pactos sagrados e inclusive, una de sus técnicas favoritas para conquistar una ciudad amurallada, era pasear frente a las murallas una mula cargada de oro para ofrecerlo a quien traicionase a la ciudad.

Alejandro por su parte probó ser quizá el polo opuesto a su padre y ser el más apegado al idealismo griego. Podrían decirse muchas cosas en este sentido, pero una anécdota vale más que mil palabras. Cuando Alejandro conquistó Egipto, se dirigió a un famoso oráculo que se encontraba en un oasis muy adentro en el desierto. Viajó hacia el lugar a pesar de ser una mala temporada, pero unas atípicas lluvias fuera de estación y un par de cuervos, le permitieron llegar hasta su destino. Entonces, Alejandro llegó ante el oráculo y le hizo la siguiente pregunta: “¿Me concedes el gobierno del mundo?”

Siendo un oráculo un intermediario con los dioses, a los ojos de una persona del presente, la pregunta de Alejandro parecería completamente fuera de lugar, pero debemos comprender una última cosa en esta aproximación al mundo antiguo: el concepto griego de la “otra vida”. Los griegos consideraban que la vida después de la muerte consistía en un estado de semi-consciencia en el que la persona se pasaba la eternidad en una especie de perpetuo sopor. Tanto Aquiles como Odiseo, a su muerte, vagaban en el mundo de los muertos como sombras de lo que fueron en vida, inconscientes e indiferentes a todos y a todo. El concepto de la inmortalidad del alma era algo extraño para los griegos, algo casi ajeno a su cultura, aunque sí tenían nociones sobre esas ideas pues eran comunes entre los egipcios, e inclusive, entre algunos círculos propiamente griegos como los pitagóricos o platónicos. Sin embargo, esas ideas no parecen haberse esparcido entre un gran sector de la población. Además, los griegos no tenían propiamente un concepto de un premio o castigo después de la muerte, llegado su último respiro su consciencia terminaba por igual. De ahí que, en suma, para ellos la consideración de los hechos y hazañas en vida fuera tan importante en todo sentido, pues de esa manera lograban perpetuarse en lo que consideraban como inmortalidad, es decir, mediante las hazañas realizadas en vida el “Yo” lograba perpetuarse en el tiempo a través del recuerdo de los demás. Esa era, sólo por darle un toque freudiano: “La Trascendencia del Yo”, mientras que la verdadera muerte para el griego no era otra cosa que El Olvido.